

CRÓNICAS DE VULGATORIO

1.

Al tercer o cuarto día, según sus cálculos, se despertó en aquel lugar tan extraño que se parecía enormemente al pueblo montañoso donde había pasado las primeras vacaciones de su lejana infancia.

Junto a él se encontraba un tipo que se entretenía en tirar piedras al río y contar los rebotes que lograba en cada ocasión.

- Tres – dijo con fastidio – nunca entenderé qué es lo que tiene de divertido este juego.

- Perdona...

- ¡Ah! Ya te has despertado... ¿Manolo o Manuel?

- ¿Qué?

- Que cómo te suelen llamar...

- Me llamo Ernesto...

- Ernesto... – el tipo consultó un papelito que había dejado en el suelo sujeto por una piedra mientras jugaba a la rana.

- No importa. Si quiere, me puede llamar Manolo.

- No, no, no ... Nunca hay que subestimar la importancia de un nombre, aunque sea uno como el tuyo... Un tanto, digamos, anticuado...

- Jamás se me había ocurrido pensar en la importancia de llamarse Ernesto.

- Claro, a Óscar nunca lo hemos tenido por aquí.

- ¿Otro nombre antiguo?

- No, no es eso. Me presentaré. Me llamo Gabriel, y soy tu guía.

- Encantado.

- Lo mismo digo. ¿Estás listo?

- ¿Para qué?

- Para que te enseñe todo esto.

- Perdona, ¿dónde estamos?

- En Vulgatorio.

- Bulgatorio

- No, no, Vulgatorio, que no te oiga pronunciarlo mal el Profesor Bautista, se pone enfermo.

- Vulgatorio, Vulgatorio – repitió Ernesto, esforzándose por marcar bien la labiodental.

- ¿Te parece que empecemos por la iglesia?

- Por mí...

Gabriel echó a andar hacia un edificio con aspecto de granero que estaba coronado por una cruz de brazos iguales.

- ¿Es católica?

- ¿Qué?

- La iglesia.

- Ni idea. ¿Por qué?

- Por la cruz.

- ¡Ah! Esa es una de las manías del Padre Damián.

Entraron en el templo y mientras él se persignaba, más por educación que por otra cosa, su compañero se esfumó entre la gente.

El oficiante se había subido a un carro de heno que había en mitad del recinto y que hacía las veces de púlpito, y había empezado su sermón.

- Como decía Jesucristo, y en cierto modo tenía razón, el Reino de los Cielos es semejante a un grano de pimienta.

- ¡De mostaza!- gritaron desde la derecha.

- ¡De anís! – terciaron otros desde la izquierda.

- Como fuera – siguió el sacerdote- lo importante es que el Reino de los Cielos es como un grano.

Gabriel había reaparecido a su lado y le comentaba el desarrollo de la ceremonia.

- Los siniestros han venido porque no pueden pensar en otra cosa que no sea comer.

- Supongo que a los de la derecha les tirará la priva.

- ¿La priva?

- El bebercio...

- Muy listo, oye. Sí señor, ya me habían dicho que eras muy agudo.

El Padre Damián había terminado su homilía y se había dirigido a saludar a un personaje que se hallaba colocado delante de una de las numerosas pancartas que colgaban de las paredes de la iglesia-granero.

“La caridad bien entendida empieza por el obispo”

- Así que ese es el obispo...

- Uno de ellos, aquí tenemos hasta tres...

- ¡Coño!

- Y dos reyes, un par de presidentes, seis primeros ministros...

- De todo, como en botica.

- Full de obispos y reyes, como dice Taciano.¿Tienes hambre?

- Un poco sí que tengo.

- Pues vamos.

Detrás de uno de los edificios que circundaban la plaza, y que a Ernesto se le antojaron vacíos, había una tascucha a la que entraron cuando el sol estaba en el lugar más alto del cielo.

Tomaron asiento en la única mesa libre de las cuatro o cinco que había. Enseguida se abalanzó sobre ellos un individuo vestido con una levita blanca, tan sucia que ya sólo conservaba de su color original algunos retazos aquí y allá, más allá que aquí, más color hueso que blanco propiamente dicho.

- ¿Un aperitivo?

Y sin esperar a que le contestaran, salió zumbando hacia una minúscula barra donde atendía una camarera con más años que una momia y con el aspecto de haber sufrido un deficiente proceso de embalsamamiento. Nefertiti no tardó ni un minuto en escanciarles bebida.

- Vermú blanco para el señor – dijo.

- Yo ... – iba a protestar Ernesto, que detestaba aquella bebida, que le olía al jarabe de la tos que le daba a su gato.

- Y rojo para el otro señor. Les recomiendo la ensalada de la casa y la “trucha a la importancia” – dijo, mientras anotaba la comanda que él mismo se había hecho. Luego se retiró apresuradamente hacia la cocina sin darles tiempo para reaccionar.

Ernesto echó un vistazo alrededor. En la mesa de al lado, una pareja discutía acaloradamente sobre música.

- Te digo, María, que eso ni es música ni es nada.

- De eso se trata, hombre, de que no sea nada.

Gabriel observó su gesto de estupor y decidió que le debía una explicación.

- Pertenecen a la Filarmónica de Busdongo. Él es un primer violín y ella una violonchelista.

- ¿Y qué discutían?
- Ella está empeñada en que se unan a la Orquesta Silenciosa de Coria.
- ¿Perdón?
- Sí, una orquesta que toca música experimental, sin instrumentos...
- Pero eso no le gustará a nadie...
- No creas, tienen su público.

De la cocina salió un grito estentóreo y un instante después surgió el camarero con un par de platos de sopa que colocó delante de ellos.

- ¿Y la ensalada?
- ¿La ensalada?
- La ensalada de la casa.
- Se nos han acabado las albóndigas de atún.
- ¿Y eso qué tiene que ver con nuestra ensalada?
- Señor, el principal ingrediente de nuestra Ensalada de la Casa son las albóndigas

de atún.

- ¡Ah!
- Pero les he traído nuestra Sopa de la Casa.
- ¿Y esas pelotas que hay en la sopa?
- Albóndigas.
- De carne.
- Si señor, de carne de atún, un pescado que se coge en alta mar. Atún rojo, las

autoridades comunitarias están pensando en limitar su pesca. Un servidor lo sabe porque uno de los delegados españoles come aquí con frecuencia. Nos van a hundir...

La sopa aquella era una de las cosas más sosas que había probado jamás.

- Camarero...

- ¿Señor?

- ¿Podría traernos la sal?

- ¿La sal? – el hombre abrió unos ojos como platos, parecía como si le hubiera pedido caviar beluga.

- Sí, por favor.

- Enseguida.

Diez minutos después regresó el camarero con dos platos llanos, en cada uno de los cuales había una trucha que se mantenía de cola, esto es, sobre la cola merced a tres varillas de madera que, a modo de trípode, la sujetaban en esa posición. Lo más curioso, sin embargo, no era la extraña postura del pescado, sino el hecho de que cada una de las truchas iba tocada con el culo de una berenjena, a modo de boina vasca.

- También la llamamos “Trucha a la Vasca”

- La sal.

- La sal, la sal... No por mucho decir la sal, niego lo anteriormente dicho – contestó el camarero antes de llevarse la sopa.

Para compensar, el pescado estaba como la salmuera. Gabriel parecía indemne a todas aquellas cosas y Ernesto, al que se le había acabado el agua, temía pedir más por miedo a lo que pudiera traerle el curioso camarero.

Que reapareció como por ensalmo apenas habían dejado sus cubiertos sobre el plato en ademán de que no querían más.

- De postre tenemos “helado suspense” o albóndigas de atún.

- ¿De las que no quedaban antes? – preguntó Ernesto con sarcasmo.

- Sí señor, sí señor – dijo, admirado, el camarero - ¿cómo lo ha sabido?

- Ya ve.

- Es que mi amigo es muy listo.

Con el “helado suspense”, una bola de vainilla tapada por una galleta maría, les trajo la sal.

- ¿Café?
- Solo, por favor.
- Cortado.
- ¿En qué quedamos?
- Dos cortados.

Después de comer se acercaron paseando hasta el Ayuntamiento, un edificio de dos plantas cuyas puertas estaban cerradas.

- Entraremos por detrás, por el garaje.
- ¿Estará abierto?
- Sí, el Alcalde siempre viene en coche.

No alcanzó a ver la relación entre una y otra cosa, pero al llegar al recinto lo comprendió. Estaba tan mal construido que si se metía el coche, no se podían cerrar las puertas y, evidentemente, sin abrir las puertas era imposible meter el automóvil.

- Una de las obras de Boñal, nuestro arquitecto municipal.
- ¡Vaya chapuza!

Una vez atravesado el garaje llegaron al vestíbulo principal, en mitad del cual había un enorme montón de caramelos de todos los sabores.

- ¿Y eso?
- La última adquisición del Concejal de Cultura.
- ¿Qué es?
- Una escultura.
- ¿Una escultura?
- Sí, aunque está incompleta. Espera a que abran.

Apareció entonces un guardia municipal que los miró con extrañeza y luego abrió la puerta principal del edificio.

Un enjambre de niños entró corriendo y gritando y se abalanzó sobre los caramelos, los cuales empezaron a comerse a toda velocidad, arrojando los envoltorios al suelo.

- Ahora está completa.

- Ya.

- En realidad, como dice su autor, se va incompletando. Vamos.

En la primera planta, dos fotógrafos estaban tomando instantáneas de una de las armaduras que flanqueaban la puerta del despacho del Alcalde. Sólo de una de ellas.

- La del fantasma.

- ¿Qué?

- Es la armadura del fantasma. Se suele pasear por las noches montando guardia para que nadie se cuele.

- ¿Y por qué le hacen fotos?

- Ha tenido un accidente con la otra armadura. Son los peritos del seguro. ¿Estaba a terceros? – preguntó dirigiéndose a los fotógrafos.

- Naturalmente.

Entraron en el despacho del Alcalde, que se paseaba como un león enjaulado, mientras un hombre, arrodillado en el suelo, tomaba la tensión a una mujer que yacía sin sentido.

- ¿Doctor?

- Shhhh

- ¿Qué ha pasado? – preguntó Gabriel en voz baja al corregidor.

- Un infarto, creo. Acababa de pedirle que se casara conmigo.

- Habrá sido la emoción. Felicidades.

- Ni siquiera me ha contestado.

- Está muerta- dijo el galeno.

Pero cuando los camilleros llegaron, la mujer empezó a moverse y a toser.

- ¿Qué está haciendo usted? – preguntó el médico enfadado.

- ¿Qué me ha pasado?

- Está usted muerta.

- Oiga...

- No me replique. ¿Quién es el médico aquí?

El médico echó la sábana sobre la cara de la pobre mujer, que se resignó a que la trasladaran al depósito de cadáveres, donde habían de hacerle la autopsia.

- No digas ni mu. El forense está de vacaciones y para cuando regrese, ya se les habrá olvidado lo de la autopsia.

- No, si yo quería pedirle consejo al doctor.

Gabriel lo miró de arriba abajo.

- No pareces enfermo

- Es lo que tiene ser un hipocondríaco.

- ¡Ah! Ya veo.

- Usted dirá – intervino el médico, feliz ante la perspectiva de un nuevo paciente.

- ¿Me promete que no me dará por muerto?

- Eso no se lo puedo asegurar. No es el primero que entra en mi consulta como una rosa y sale con los pies por delante.

- Está bien. Me arriesgaré... Mire, yo es que tengo un dolor aquí...

- ¿Y aquí?

- Sí, ¿cómo lo ha sabido?

- Oiga, soy médico. ¿No creerá que me dieron el título en una rifa?

- No hombre, que va.
- Mis buenos dineros me costó el traspaso del anterior titular.
- Ya veo. Bueno, usted dirá. ¿Cuál es su diagnóstico?
- Tarde o temprano, usted se va a morir.
- ¿Sí?
- Se lo aseguro. Si se muriera mañana, por ejemplo, ya no viviría más.

Gabriel charlaba en un rincón con el Alcalde, mientras éste se limpiaba las uñas con un abrecartas, un gesto que a Ernesto le pareció una grosería imperdonable.

- Otra cosa le quiero advertir, cuando usted muera, perderá la vida, y si no se muere antes, llegará a los ochenta.

- ¿Y a quién, dice que le compró la licencia de médico?
- Al taxista del pueblo, en la última rotación. ¿Por qué quiere usted saberlo?
- ¿No habrá más licencias a la venta?
- ¡Quiá! Este pueblo es demasiado pequeño para dos médicos.
- Bueno, pues usted dirá.
- Ya he dicho.
- ¿No me receta nada?
- A ver, ¿qué le apetece?
- Algún analgésico suave, un antiinflamatorio, un protector estomacal, una *bacuna*

contra el tabardillo...

- Vacuna. Como le oiga el profesor Bautista...
- Vacuna, vacuna...
- ¿Tiene usted un *vadetécum*?
- *Vademécum*
- Sí, *vadetécum*

- No, digo que es *vademécum*
- ¿Quién lo lleva?
- ¿Qué?
- El *vadequisquam*.
- Yo no.
- Yo tampoco, así que dígame qué es lo que quiere.
- Da igual, ya me compraré lo que me recetaron la última vez.

Gabriel había terminado de hablar con el Regidor y le apremiaba con gestos a que le siguiera hacia la salida

- Te he oído que le preguntabas sobre su licencia.
- Sí. Me ha parecido que tiene un trabajo bastante cómodo.
- Pero tú ya tienes el tuyo asignado.
- ¿Y cuál es?
- Pues ¿cuál va ser? Profesor de Inglés.
- Ya veo.

2.

Así que al día siguiente visitaron el colegio. Se trataba de un antiguo convento de clausura al que le habían añadido un gimnasio, unas canchas de fútbol y un par de columpios y toboganes para los más pequeños, a fin de que sirviera para distraer, como dijo Gabriel, a aquellos jenízaros que, cuando ellos llegaron a la puerta, se encontraban enzarzados en una batalla campal.

El Director, que no era otro que el renombrado profesor Bautista, no pareció darle importancia a los mamporros que se estaban repartiendo los muchachos a su cargo y los recibió con fría cortesía.

- So you are the new English teacher, aren't you?

- Yes, yes – contestó Ernesto, que había tenido la suerte de captar las dos palabras clave de la pregunta.

- And your name is...

Aquella forma de dejar la frase en suspenso le recordó a la ceremonia de entrega de los premios de la Academia de Hollywood. Por asociación de ideas, recordó su conversación con su guía, y su instinto hizo el resto.

- Ernest

- I see. *The Importance of being Earnest.*

- Si no le importa, creo que deberíamos continuar en español. Como cortesía hacia Gabriel.

- De acuerdo. Síganme, por favor.

- Esto era un *conbento* antes ¿no?

- Convento.

- Sí, *conbento*.

- No, convento.

- ¡Ah! Convento, convento, convento...

En ese momento sonó una sirena y el Director les conminó a que se refugiaran con él en la Sala de Profesores.

Lo hicieron justo a tiempo de evitar que un enjambre de muchachos enloquecidos los arrollara en su ruta hacia las diferentes aulas.

Los profesores salían en aquel momento y apenas un par de ellos se dignaron a saludar a su nuevo colega.

- Marcos Pinillos, profesor de gimnasia.

- Encantado. Yo *boy* a dar inglés.

- Voy.

- Voy, voy...

- ¿Ha pensado en lo que le dije? – interpeló al Director.

- Sí, lo he consultado. Tiene usted permiso para organizar las olimpiadas escolares.

- *Escelente*.

- Excelente.

- Eso, eso. Excelente...

- Permítame – dijo el Director señalando a una mujer que leía tranquilamente cerca de una de las ventanas – que le presente a nuestra profesora de latín vulgar.

- Encantado.

- Vale.

- Sólo habla en latín. Vulgar, claro.

- *Sic transit... tempus fugit*

- Lo mismo digo.

- *Foris mortis, Varon Dandy*.

- Sí, sí...

A instancias del Director se retiraron a un extremo de la estancia, desde el cual no molestaban a la lectora.

- Está convaleciente aún.

- ¿Ha estado enferma?

- Se colgó de un árbol.

- ¿Intentó quitarse la *bida*?

- La vida...

- Eso, eso, la vida, la vida...

- La cosa no fue así. Verán, ya se habrán dado cuenta de que es muy mayor. Entre eso, y que nuestro idioma aún le resulta un poquito difícil, no comprendió muy bien lo que había que hacer...

- ¿Lo que había que hacer, cuándo?

- Cuando lo de la protesta de la Marquesa.

Entonces el Director le explico que la Marquesa del Prado y la Huerta, la mujer más poderosa de Vulgatorio, se había indignado ante los planes del Alcalde de talar los veinticuatro algarrobos que representaban a las veinticuatro familias ilustres del lugar. Como el consistorio no hiciera caso de sus demandas, dirigió una carta a los descendientes de las citadas familias, que eran casi todos los habitantes del lugar excepto el citado Alcalde y algún que otro advenedizo, para que la secundaran en su acto de protesta, que consistía en atarse a uno de los algarrobos.

- El caso es que ella – dijo el Director – entendió mal la carta, e interpretó que iban a suicidarse. Algún problema con la conjugación de *Colgo, colgas, colgare* y *Ato, atas, atate*, que por lo que he oído luego es una excepción de la séptima conjugación.

- Gracias a que yo pasaba por *ayí*- dijo Gabriel.

- Allí.

- Sí, allí.
- Bueno, ¿empezamos la visita?
- Por mí, perfecto.

Salieron al pasillo principal del centro, que rodeaba un antiguo patio claustal en el que un grupo de alumnos corrían a las órdenes del profesor de gimnasia, que los animaba a golpes de silbato y alguna que otra colleja para los más remolones.

- Aquí creemos firmemente en el castigo corporal. ¿Cómo dice nuestra profesora de latín?

- *Litera cum sanguine intrat.*
- Sí, eso creo.

Al final del pasillo se encontraba el gimnasio, un edificio que habían añadido al viejo convento y que parecía completamente fuera de lugar allí.

En el interior hacía un frío horroroso, hasta el punto de que había una fina película de hielo sobre el irregular suelo, que se abombaba en algunos lugares haciendo que practicar cualquier ejercicio allí supusiera un riesgo más que evidente.

Una placa, en la entrada principal, daba cuenta de la fecha de la construcción y el arquitecto que había firmado el proyecto y dirigido las obras.

- El tal Boñar, claro – murmuró Ernesto.
- Nuestro querido Boñal, Arquitecto Municipal.
- ¿Y ya está terminado?
- Casi. Estamos congelando el suelo para que nos sirva de pista de patinaje – dijo el Director, y en ese momento se resbaló y a punto estuvo de partirse la crisma.

En aquel instante, por otra puerta que permanecía en la penumbra, vieron acercarse un cubo de la basura de color butano que flotaba en el aire.

- ¿Ben ustedes eso?

- Ven.
- ¿Lo ven o no lo ven?
- ¿Qué?
- El cubo que flota en el aire.
- Serán Bachir y Mulud.

Entonces a ambos lados del cubo se abrieron dos bocas en una amplia sonrisa, y cuando los dos hombres avanzaron un poco más y quedaron bajo la luz de uno de los ventanales, Ernesto pudo advertir que se trataba de dos bedeles negros, vestidos de negro de pies a cabeza, que venían de echar la basura en el contenedor.

Su siguiente parada fue en un aula pequeña y mal iluminada que probablemente había sido habilitada como tal aprovechando dos celdas, a lo sumo tres, de las que utilizaban los antiguos moradores del edificio.

El profesor, un tipo bastante seco que hojeaba una pequeña libreta, no les prestó atención cuando se colocaron al final de la clase. Había en el aula un silencio expectante.

- Matemáticas – susurró el Director – está decidiendo a quién pregunta.
- Señor Acera... al encerado...
- Sí señor.

Se oyó un suspiro de alivio en el resto de la clase. El Director se acercó a uno de los que más ruido había hecho al expeler el aire y le sacudió una bofetada que sonó en toda el aula, pero nadie pareció darse por enterado.

- A ver, señor Acera, dígame el valor de Pi.
- No lo sé.
- ¿No ha estudiado hoy?
- No señor.

- ¿Ni siquiera se atreve a darme un valor aproximado?

- No.

- Está bien, ya sabe lo que tiene que hacer.

El muchacho cogió un enorme cestón que servía como papelerera y se dirigió al lugar donde se encontraba el Director. Colocó el recipiente frente a éste y él se puso de manera que su cabeza apuntaba al cestón y su trasero enfocaba hacia ellos.

El puntapié lo lanzó de cabeza hacia la papelerera, de la que salió con un chicle pegado en el pelo. Mientras tanto, en la tarima se desarrollaba otro drama.

- ¿Está seguro, señor Alfambra, de que no es capaz de decirme el valor de Pi?

Y la ceremonia se repitió. El profesor fue recorriendo la lista por orden alfabético.

- Señor Martínez. ¿Y usted? ¿Qué me dice?

- Doscientos veinticuatro.

- ¿Cómo?

- Que el valor de Pi es doscientos veinticuatro.

Hubo otro tenso silencio. Entonces el profesor se levantó y abrazó al tal Martínez.

- Sí señor. Así me gusta a mí la gente, decidida. Tiene usted un sobresaliente.

- También incentivamos la decisión – dijo el Director mientras abandonaban el aula.

Entraron a continuación en otra aula que era un calco de la primera, pequeña, sucia, y con un olor a humanidad que tiraba de espaldas.

- Historia... Es uno de nuestros mejores profesores.

- Hoy hablaremos de la invasión musulmana.

Todos los alumnos abrieron sus cuadernos, ansiosos por anotar las palabras de tan ilustre docente.

- Los árabes eran unos necios... Tomen nota. Unos tontos, incultos y charlatanes cuya lengua no hay cristiano que la entienda...

Hubo risitas en la clase. Un muchacho que se sentaba en la primera fila incluso aplaudió. El Director se encaró con uno de los chicos que no estaba tomando apuntes.

- Señor Urtubia, le espero en mi despacho cuando acabe la clase.

El profesor siguió con su perorata, deteniéndose de vez cuando para hacer alguna pregunta.

- Porque yo me pregunto. ¿Qué hicieron por nosotros los moros?

Un silencio tenso recorrió el aula.

- Lo pregunto en serio. Vamos, Hernando, usted decía el otro día algo de la filosofía griega.

- Según un profesor que tuve, gracias a ellos se conservaron algunas obras muy importantes de la filosofía griega.

- ¡Bobadas! Las fantasías de Aristóteles o los diálogos de Platón que, como todo el mundo sabe, era un invertido. ¿Algo más?

- Las naranjas.

- ¿Cómo?

- Mi padre dice que el arte de cultivar las naranjas nos lo enseñaron ellos.

- Ya ve usted. No habríamos podido sobrevivir sin naranjas...

Nadie más se atrevió a intervenir, dado el cariz que tomaba la situación.

- En resumen, filosofía griega y naranjas. Y para eso necesitaron más de setecientos años.

De vuelta a la sala de profesores, el Director dio por terminada la visita y le emplazó para presentarse a la semana siguiente a fin de que pudiera entregarle los horarios y asignarle sus alumnos.

- No quiero que te vayas sin que conozcas al Coronel.
- ¡Es verdad! El Coronel. Casi se me olvida. ¿Por dónde anda?
- Estará en la biblioteca.

Cuando entraron, el Coronel, un hombrecillo delgado y con una melena de color blanco tan abundante que contrastaba con su condición de militar, estaba estudiando un plano sobre un pupitre de dibujo.

- Éste fue su error.
- ¿De quién, Coronel?
- De quiénes – dijo volviéndose – de los generales egipcios en la Guerra del Yom

Kipur.

- Permítame que le presente a nuestro nuevo profesor de inglés. Se incorporará el próximo lunes.

- ¿Es usted inglés? – dijo mientras le estrechaba la mano.
- No señor.
- Mejor- dijo satisfecho- Oiga, tiene usted mala cara... ¿no estará enfermo?
- No estoy muy católico que digamos.
- Palidez, ojeras, respiración agitada... Me recuerda mucho al tabardillo. No lo

sufrirá usted, verdad.

- No que yo sepa.
- Me alegro, porque yo lo pasé durante la campaña de Indochina y, créame, sé por

experiencia que el que lo sufre o bien se muere o se queda tonto.

- ¡Madre mía!
- Entonces, seguro que no es usted inglés...
- Seguro. En realidad no me interesa nada de un país en el que no saben hacer ni

unos huevos fritos decentes.

- ¡Cuánto me alegro!

Lo cual no impidió que se empeñara en ilustrarle sobre la estrategia naval inglesa en la Batalla de Trafalgar y la causa de la derrota de Argentina en la Guerra de las Malvinas. Exigió asimismo comer con ellos al día siguiente y, con una cortesía muy militar, los despidió con un taconazo y una inclinación de cabeza a la puerta de los que él consideraba sus dominios.

- Al Coronel lo hemos adoptado en el colegio como si fuera uno más. Se pasa el día en la biblioteca leyendo o estudiando mapas y en ocasiones hace de guía turístico. Nadie conoce como él la historia del centro.

- Pero su verdadera pasión – intervino Gabriel – es la historia militar.

Se oyó un grito procedente de la biblioteca, que no pareció alarmar más que a Ernesto.

- Bailén.

- O Cuba.

- Bailén. Está hablando en francés.

- ¿Estuvo en la guerra?

- Él dice que sí, aunque nunca dice en cuál.

Se abrió la puerta de pronto y salió el Coronel a galope en dirección a la garita del portero. El hombre que estaba dentro, al ver llegar al militar salió rápidamente y se cuadró.

- Lo tuvo de ordenanza o algo así – dijo el Director a modo de explicación.

- ¿Bermúuudez! – bramaba el Coronel a escasos veinte centímetros de la cara del pobre portero.

- ¡Mi coronel!

- ¿Es usted idiota?

- Ya sabe usted, mi coronel, que fui declarado idiota por un tribunal médico.
- ¿No entiende usted lo que es la ironía?
- Creo que no, mi coronel, ¿es algo importante?
- Es usted un bobo...
- Con el debido respeto, mi coronel, idiota.
- ¿Me está insultando?
- No, mi coronel, digo que soy idiota, eso es lo que pone en el informe médico que conservo en mi cartera. ¿Desea que se lo muestre?
- Puede meterse el informe donde le quepa.
- En mi cartera.
- ¿Cómo dice?
- Que como es un informe bastante breve, sólo ocupa una cuartilla y por eso me cabe en la cartera, lo tengo al lado de la foto de mis padres, que en gloria estén.
- ¿Sabe lo que puede hacer con la foto de sus padres?
- ¿La guardo también en la cartera o prefiere que la ponga en otro sitio donde quepa?
- ¿No le dije que me avisara cuando llegara el profesor de gimnasia?
- Sí señor.
- Y ¿por qué no lo ha hecho?
- Porque no ha llegado.
- ¿Cómo que no? ¿Y quien es ese señor del patio que le está dando una patada en el culo al haragán ese?
- El profesor de gimnasia o su hermano gemelo, si es que lo tiene, mi coronel.
- ¿Y por qué no me ha avisado de que ya ha llegado?
- Porque no ha llegado.

- No ha llegado.

- Ni se ha ido.

- Ni se ha ido.

- Para llegar, primero tiene que irse, y cuando usted me lo dijo, él ya estaba en el colegio.

El Coronel cambió de color, del blanco al rojo y de allí a un gris que no presagiaba nada bueno. Seguramente su antiguo ordenanza salió indemne de aquella porque había testigos.

- ¿Entonces le aviso cuando llegue?

- Váyase usted a la mierda. Es usted idiota.

- Me alegro de que esté de acuerdo con el tribunal médico, señor. Hoy en día es muy difícil encontrar a varias personas que tengan la misma opinión.

- Sobre su estupidez, le aseguro que habría unanimidad.

- Pues es un alivio.

3.

Ernesto se alojaba provisionalmente en la pensión del lugar, una casita de tres plantas tan estrecha que desde lejos parecía una torre y en la que él era el único huésped. El establecimiento lo regentaba una mujer de edad indefinible cuyo estado civil era el de soltera a medias, según ella misma le dijo, y que desde el momento en que el nuevo profesor de inglés puso sus pies en la casa, se empeñó en emparejarlo con su hija, que ejercía de cocinera en la casa de huéspedes.

- Don Ernesto, ¿quiere que la niña le prepare unas torrijas? Le salen de rechupete.

- No, muchas gracias, ya he comido más que suficiente.

Acababa de cenar y la mujer se había sentado a charlar con él, mientras la muchacha, que sorprendentemente había salido de la cocina con un traje de noche, esperaba al lado de la puerta las indicaciones de su progenitora.

- Ven Isabelita. ¿No le importa que se siente con nosotros verdad?

- En absoluto- dijo Ernesto, levantándose y apartando una silla para que la moza se sentara, un gesto que había visto en alguna vieja cinta en blanco y negro.

- Y bien. ¿Qué le ha parecido el colegio?

- Está muy bien.

- ¿Ya había dado clases antes?

- Nunca.

- ¿Y qué hacía usted hasta ahora?

- Soy cocinero.

- Era cocinero.

- No creo que se me haya olvidado, pero tiene usted razón, ahora ya no ejerzo.

- ¿Y qué le parece la forma de cocinar de la niña?

- Mamá – dijo Isabelita, que estaba deseando oír su opinión, pero tenía que disimular.

- ¡Ah! No se le da mal.

Aquella respuesta, que para algunos podría juzgarse como desconsiderada, era un auténtico gesto de buena voluntad por parte del ex-cocinero, pues lo cierto y fijo era que la forma de cocinar de la hija de la patrona era una auténtica aberración, como había comprobado en las escasas dos colaciones que había hecho allí.

- ¿Seguro que no quiere unas torrijas?

- Seguro, señora, estoy lleno.

Se imaginaba el pobre unos mendrugos de pan duro empapados de leche y pasados por la sartén apresuradamente, espolvoreados de azúcar como si fuera obligatorio que desaparecieran de la vista y presentados en el plato más sucio y desportillado de toda la cocina. Así, poco más o menos, le habían ofrecido los picatostes que había tenido la osadía de aceptar aquella mañana a la hora del desayuno.

- Le decía a la niña, que quizás debería presentarse al concurso.

- ¿Al concurso?

- Bueno, a los concursos.

- ¿A cuáles?

- El mes que viene son las fiestas de Vulgatorio. Yo creo que Isabelita debería presentarse al concurso que se celebra la semana que viene para elegir a la Reina. Al otro, al de cocina, se presenta todos los años desde hace siete y lo gana siempre, ¿verdad?

Seguramente el resto de las competidoras o competidores serían de la “nouvelle cuisine”, pensó con sarcasmo. Como aquel colega suyo que basaba todas sus recetas en espuma y gelatina de colores.

- El hecho de que sea la única concursante, no empaña su triunfo, ¿verdad?

- Los demás no se atreverán.

- Pero, dejemos de hablar de nosotras, ¿qué le parece el vestido de la niña? Bonito ¿verdad? No le parecerá muy atrevido ¿eh? Es el que va a llevar a los concursos.

El jurado seguro que agradecía que los dispensaran de tener que probar el horrendo experimento con el que seguramente querría sorprenderles.

- El año pasado ganó con un bocadillo de chorizo. ¿Por qué no lo pones mañana para comer?

- Si a Ernesto le apetece...

Era la segunda vez que le tuteaba, a instancias de su madre que le había dicho que puesto que eran jóvenes, era absurdo que se trataran con tanta frialdad.

- Por supuesto – dijo él, contento de que al menos por una vez podría comer algo normal.

- La matanza la hacemos en casa.

- Y yo preparo el adobo del chorizo.

¿Tendrían farmacia en aquel lugar? Desde luego, no estaba dispuesto a consultar al médico sobre la mejor forma de proteger sus vísceras contra el inminente ataque del mejunje que se vería obligado a ingerir. En un momento dado captó una mirada de inteligencia entre las dos mujeres. Isabelita, como respondiendo a una orden silenciosa de su progenitora, se recolocó todo lo disimuladamente que pudo el balconcillo donde exhibía la escasa mercancía pectoral con la que contaba. Ya estaba la fruta a la vista. Su madre, que se disculpó con el sueño que tenía, aprovechó el momento en que le daba un beso a su hija para empujar uno de los tirantes del vestido de ésta, que se deslizó de manera muy sugerente por su brazo.

- Buenas noches, parejita.

- Buenas noches.

Cuando se quedaron solos comenzó un diálogo de gestos que habría sido digno de filmarse para una película de Buster Keaton. La niña suspiró suavemente, él alzó las cejas, como preguntando cuál era la causa de su pena, ella abanicó sus ojos, un par de veces nada más pues, pese a la práctica ante el espejo, todavía le faltaba bastante rodaje.

- En fin.

- Sí, en fin.

- Aquí estamos – dijo ella.

- Sí.

- Solos.

- Mejor solos que mal acompañados- dijo él, que no se dio cuenta de su metedura de pata hasta que no hubo dicho la última palabra.

- Claro.

- Por supuesto, no lo he dicho por tu madre.

- Ya lo sé – dijo ella, que para reconfortarle le dio un par de palmaditas en la mano que él tenía sobre la mesa.

Siguieron otro rato en silencio. Ella se levantó un momento para cerrar las contraventanas y de paso asegurarse de que su madre se había acostado.

- ¿En qué piensas?- le preguntó cuando regresó.

- En nada – mintió él. Que no hacía más que imaginarse cómo sería el chorizo que le tocaría comerse al día siguiente.

- ¿Es posible no pensar en nada? – dijo ella con malicia, que estaba segura de que él la había seguido con la mirada mientras se movía, y probablemente estaba maquinando como camelarla.

- Bueno, en realidad...

- ¿Sí? – llegó el momento, pensó. Si se lanza, me dejaré llevar. El amor es así.
¿Seguirá despierta Mamá? Por supuesto hoy poquita cosa, que los hombres, ya se sabe.
Pero hombre, un beso...

- Estaba pensando que el chorizo siempre me da ardor de estómago.

- Ya te prepararé otra cosa.

- Además, ahora que recuerdo, mañana como con el Coronel.

- ¿Albóndigas de atún?

- No sé.

- ¿Y te da ardor el chorizo y no las albóndigas de atún? Que raro. Es atún rojo. Se les va a acabar el negocio porque van a limitar su pesca. Entonces todos volverán a nuestro comedor.

- También se puede comer otra cosa.

- ¿En el restaurante? Lo dudo mucho. A no ser que se les hayan acabado.

Sonó un golpe en una de las ventanas. Ella se acercó para ver qué pasaba. Una piedrecita estuvo a punto de alcanzarla cuando abrió.

- Una serenata – dijo mirándole como si sospechara que era obra suya, aunque sabía positivamente que aquello era cosa de su madre, que ahora seguramente se retorció de gusto en la cama pensando que por fin iba a colocar a su hija.

- ¿Cómo?

- Acércate- dijo ella todo lo insinuante que pudo.

Apenas llegó a su lado, ella apoyó la cabeza en su hombro y tiró del vestido hacia abajo juzgando acertadamente que así le daba a él una mejor perspectiva. Los cinco componentes de la rondalla comenzaron su actuación.

*Niña de los ojos negros,
negros como el azabache,*

*niña del pelo castaño,
castaño como el guirlache.
Por un beso de tus labios,
rojos como la amapola,
un cuarto daría de vida
que es la que me queda sola.*

*La otra media te la di
niña de nariz gitana
y la mitad de otra media
el viernes por la mañana,
y esa mitad que te di
junto con el otro cuarto
si los sumas cabalmente
llegarán a seis octavos.*

Cuando estaba intentando comprender el significado preciso de aquella letrilla, creyó reconocer a algunos de los componentes de la rondalla. Salió de dudas cuando uno de ellos se adelantó para saludar, una vez acabada la primera canción. Era el profesor de matemáticas.

- El autor de la letra – dijo ella.
- Claro – aquello lo explicaba todo.

También distinguió a Gabriel que, alejado del grupo, fumaba tranquilamente debajo de una farola.

Se oyó el rasgido de los instrumentos, señal inequívoca de que la actuación iba a continuar.

*Mi corazón, víscera fantástica
late al unísono con otro corazón
y hasta mi hígado y sus transaminasas
rebotan todos de gigantesco amor.
Sístoles, diástoles, a veces extrasístoles
animan todas las venas de calor
y en la carótida como en la gran safena
más que timbales ya bate el gran tambor.*

- El doctor, supongo

- Sí señor.

Después de aquella copla hubo diez minutos de silencio, durante los cuales los intérpretes no movieron ni un solo músculo.

- ¿Qué pasa?

- Shh

Unos instantes después, se retiraron como habían venido. Entonces Ernesto reconoció al matrimonio de músicos y comprendió. Ella por fin le había convencido de unirse a la Filarmónica Silenciosa de Coria, o como se llamara aquel engendro, y él acababa de asistir a su primera contribución a tan magno proyecto musical.

Isabelita le había cogido de la mano y ahora ambos miraban hacia el cuarto de luna que asomaba por encima de los tejados.

- Qué hermosa.

- ¿La luna? Sí. Además está en creciente.

- Y eso ¿cómo lo sabes? – preguntó ella, que de sobras lo sabía, pero que había aprendido que uno de los métodos infalibles para captar la atención de un hombre era hacerse la ignorante y apelar a su sabiduría.

- La luna es cambiante y engañosa...

- No entiendo – siguió ella con su pantomima. La astronomía era uno de los campos en los que se podían conseguir mejores resultados.

- Cuando tiene forma de D, es C, creciente, y al revés.

- ¡Anda!

Él se había animado por fin. Siguió una disertación sobre las osas celestes, la mayor y la menor, pero para verlas hubieron de bajar a la calle. Gabriel se había ido y todo estaba en silencio. A lo lejos, un perro aulló, probablemente a la luna, animándola a que siguiera creciendo.

- Allí – señaló un punto en el cielo, momento que ella aprovechó para fingir un escalofrío y pegarse más a él – esa es la Estrella Polar. Siguiéndola, se va en dirección norte.

De sobras sabía ella que la dirección que él señalaba era poniente, pero ¿para qué desanimarlo? En cuanto a él, excitado por la atención que le prestaba, se lanzó a una disertación en toda regla.

- Aquella con forma de V es Casiopea – dijo, cargándose de un plumazo a media constelación.

- ¿Y Virgo? – preguntó ella.

- Espera un momento.

Dio una vuelta completa de horizonte buscando algo que se pareciera siquiera remotamente a una mujer. Al final dio con un grupo de estrellas que con mucha

imaginación se podía decir que se parecían a un rostro, un tanto asimétrico, pero rostro al fin.

- Allí.

- Cuánto sabes – La frase amuleto, le había dicho Mamá, siempre funcionaba.

- No creas. De algunas cosillas que he leído por ahí.

Ella entonces decidió que había llegado el momento de entregarse a él, aunque sólo fueran sus labios, y se giró para mirarle arrobada a los ojos, que apenas distinguía con aquella luz.

- ¿Tienes frío?

- Sí, un poco- ahora se quitaría la chaqueta y se la pondría sobre los hombros, para besarla a continuación. Cerró los ojos.

- Vamos para dentro – la llamó él, que ya se dirigía hacia la casa – yo también me estoy quedando helado.

La patrona volvió a oír la puerta y miró al despertador. Sólo habían transcurrido quince minutos desde que la había oído por primera vez.

¡Bien por Isabelita! – pensó un instante antes de quedarse dormida – Se está haciendo desear.

4.

Se despertó con la sensación de que llevaba durmiendo un siglo. Le dolía la cabeza, pero se abstuvo de comentarlo durante el desayuno porque seguramente las mujeres le habrían propuesto que tomará algún tipo de infusión o que se pusiera algún emplasto que, a juzgar por las artes que se daban en la confección de las comidas, podía ser mortal. Una farmacia, necesitaba una farmacia.

- ¿La farmacia, por favor? – preguntó al primer transeúnte con el que se cruzó.

- No hay farmacias en Vulgatorio.

- ¿No?

- Pero si quiere, le puedo llevar a la consulta del ...

- No, no necesito al médico.

- No, yo le iba a decir del veterinario. Él nos da medicinas de estrangis cuando hay alguna urgencia.

- Pero serán para animales...

- Sólo se trata de ajustar la dosis. Y si no quiere eso, tendrá que encargárselo al recadero.

- Pues entonces dígame por favor dónde pilla lo del veterinario.

- ¿El de caballerías, el de rumiantes o la de mascotas?

- Por el amor de Dios. Tienen un sólo médico y sin embargo tienen tres veterinarios...

- Cuatro, luego está el de reptiles.

- Pues no lo entiendo.

- Pues es muy fácil, los hombres somos todos iguales: bípedos, omnívoros y de sangre caliente.

- También es verdad.

- Bueno, no todos. Taciano, el de la aceña , dice que es rumiante y nadie le ha visto nunca comer otra cosa que no sea hierba y zanahorias. Ahí mismo está la consulta de doña Adela, la de mascotas. Yo le aconsejo que vaya a ella. Las píldoras y las inyecciones son más pequeñas.

- Pues muchísimas gracias.

- De nada, hombre. A mandar.

En la sala de espera había dos personas con sus animales de compañía. Un hombre que sujetaba en sus manos una boina en cuyo interior había un pollito y una señora que tenía en su regazo el gato más grande que Ernesto había visto en su vida, hasta el punto de que al principio dudó de si en realidad no sería un lince o un puma enano.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando apareció una muchacha llorando como una magdalena. Sostenía en sus manos un pañuelo en el que debía de llevar la causa de su angustia. Preguntada por el hombre sólo acertó a sollozar.

- El capullo – dijo cuando se hubo calmado un poco.

- ¿Un capullo de seda?

- Sí. Creo que no va a salir nada de él...

- ¡Pobrecita!- dijo la mujer del gato, que se volvió hacia su dueña y la miró con severidad, como reprochándole que sus desvelos se dirigieran a un animal que no era él mismo. Luego, para expresar su disgusto de una manera más tajante, levantó la cola y lanzó un pedo digno de un hipopótamo.

Se abrió entonces la puerta del despacho y asomó la cabeza de una mujer en sus sesenta años. Echó una mirada alrededor y se fijó en Ernesto. Probablemente porque no llevaba ningún animal. Enseguida se hizo cargo de la situación.

- Si no les importa, voy a atender primero a la chica.

Sin esperar su respuesta se metió con ésta y su pañuelo en el despacho y cerró la puerta.

El gato, mientras tanto, se había escondido en el regazo de su ama. Probablemente recordaba alguna visita anterior de memoria no muy grata. Se oyó la risa de la veterinaria y un instante después reaparecieron ésta y la muchacha, roja como un tomate.

- La próxima vez asegúrate de que te venden un capullo de seda y no una bola de alcanfor pintada de amarillo.

- Ya decía yo que olía mucho, pero pensé que los rociaban para protegerlos contra la polilla.

En ese momento, el gato sacó ventaja del hecho de que su dueña estaba atenta a lo que decía la galena y saltó de su regazo hasta la alfombra, para luego emprender una veloz carrera hacia la calle, aprovechando que la muchacha había abierto la puerta.

El hombre del pollito y la mujer se levantaron al unísono y salieron de estampida en pos del felino, de modo que Ernesto se encontró solo con la veterinaria.

- Usted dirá

- Venía a que me diera algo para el dolor de cabeza.

- ¿De quién?

- Mío.

- ¡Ah! Ya veo. ¿Prefiere a los gatos o a los perros?

- ¿Por qué?

- Tengo que elegir, o le doy lo de unos o lo de otros.

- Me da igual.

- Tiene usted que elegir, créame.

- Me quedaría con los gatos. Molestan menos. Yo tengo uno en casa.

- ¡Pobres chuchos! Todo el mundo prefiere a los gatos estos días. En fin. Espere aquí.

Cinco minutos después salió la mujer con un sobre en el que había metido la medicina.

- Le he preparado tres dosis, por si vuelve a tener dolor de cabeza durante su estancia aquí. Creo que bastarán.

- ¿Le debo algo?

- Nada, hombre, nada. Son muestras gratuitas.

- Por la consulta, digo.

- No se preocupe. Ya ajustaré cuentas con Gabriel.

- Oiga, esto no tendrá efectos secundarios, ¿verdad? – dijo recordando la ventosidad de aquella mezcla de tigre y gato casero.

- No se preocupe, hombre.

Cando salió, se fijó en que la mujer y el hombre de la consulta habían conseguido acorralar al gato en un portal y estaban intentando convencerlo de que se dejara coger.

- Es que la última vez, lo traje para que lo castraran.

- No me extraña entonces que le dé miedo – decía el hombre.

Gabriel le esperaba junto a la iglesia charlando con el padre Damián.

- El padre también se viene a comer con nosotros.

- Bien.

- ¿Qué te pasaba?

- ¿Por qué?

- Vienes de la consulta de la veterinaria, no sabía que te hubieras traído una mascota.

- No. He ido por un dolor de cabeza que tengo.

Cuando llegaron al restaurante ya les estaban esperando. Les habían preparado una mesa a la que ya estaban sentados el Coronel, el Alcalde, la Profesora de Latín (vulgar), el Profesor de Gimnasia y el matrimonio de músicos.

- Bueno, ya estamos todos – dijo el Coronel frotándose las manos.

- ¿Van a pedir ya la Ensalada de la Casa y las Sardinas a la Importancia? dijo el camarero surgiendo de la nada.

- Por supuesto. ¿Podrías traernos unos entremeses?

- ¿Unas albondiguitas?

- De atún.

- Rojo.

- Claro.

- ¿Y de beber?

- Para el pescado, nada como un buen vino. ¿Qué nos aconsejas?

- Que no beban. Mateo está haciendo controles de alcoholemia.

- Pero si ninguno llevamos coche.

- A él le da igual. Dice que un peatón también puede causar un atropello.

- Y en cierto modo, tiene razón – intervino el cura.

- Mira lo que le pasó al fantasma.

- Siniestro total. Le va a costar un pico a la compañía.

- Pues yo no pienso pagar la nueva prima – dijo el Alcalde

- ¿Qué tomamos entonces?

- Déjenme a mí – dijo el camarero, y se largó a hablar con Nefertiti.

Afortunadamente, a Ernesto le correspondió un vaso (pronunciado casi como “faso”) de agua, lo cual le ayudó a pasar el analgésico que le habían dado en la clínica.

- *Foristi Brimin* – dijo la Profesora de Latín.

- Salud – dijeron los demás.

El padre Damián se enfrascó enseguida en una discusión con la pareja de músicos, que no entendían la razón por la cual no le gustaba que hubiera música en la iglesia.

- ¿No dicen que la música agrada a Dios?

- Eso, es verdad, pero como decía Jesucristo, y hasta cierto punto estaba en lo cierto, “Bienaventurados los sordos”

- Yo creí que eran los mansos.

- ¿Creéis que Cristo no amaba a los sordos?

- No hombre, no.

- Y ahora que hablamos de sordos, podría *yevan* a la iglesia a la Filarmónica esa de Coria, o como cuernos se *yame* .

- Llevar, llame...

- Eso, eso. Llevar, llame...

- Como no usan *istrumentos*.

- Instrumentos...

- Sí, instrumentos..

La Profesora de Latín le hizo una pregunta al Director en su medio español, lo cual le hizo dedicarse a ella durante un buen rato, olvidando las incorrecciones gramaticales que seguían cometiendo los otros comensales.

- Pues tampoco me parecería bien.

- ¿Lo de la orquesta silenciosa? Hombre, padre, eso ya es protestar por protestar.

- Amigos, el que esté libre de pecado que se ate una rueda de molino, como decía Cristo...

- Que, en cierto modo, tenía razón, ¿no padre?

- Pues sí.

Llegó a la carrera Bermúdez y se cuadró delante de su superior.

- Mi Coronel.

- Dígame, Bermúdez.

- Le comunico que el profesor de gimnasia ya se ha ido. Ha venido y puede que vuelva allí cuando se vaya de aquí.

- Muchas gracias, Bermúdez. Hágaselo mirar.

- ¿Qué?

- Lo que quiera que no le funciona en la cabeza.

- Nada.

- ¿Cómo dice?

- Que nada me funciona como debiera, mi coronel. En otro informe que conservo en casa, pues es demasiado voluminoso como para llevarlo en la cartera, una comisión internacional de expertos psiquiatras me nombró paciente perfecto y caso de laboratorio. Según ellos se daban en mí todas las patologías no agresivas que están descritas hasta el momento, e incluso alguna que sólo sufro yo y que descubrieron al estudiarme.

- A veces no sé si es usted completamente idiota o demasiado listo.

- Mi coeficiente de inteligencia creo que es de 80, por debajo del de una persona normal, pero eso no me preocupa, mi Coronel. Gracias a que soy idiota he conseguido un empleo aceptable, no tengo que ir por ahí matando gente que no conozco o haciendo que me maten tipos muy simpáticos pero que no dudarían en pegarme un tiro si me pusiera a su alcance y, para colmo, no entiendo la mitad de las cosas que me dicen, con lo cual he conseguido ser razonablemente feliz.

- Coronel, ¿por qué no permite que se sienta con nosotros? – dijo la violonchelista.

- No, no, señora, muchas gracias – contestó Bermúdez – para mí sería muy molesto. Tendría que pasarme toda la comida sonriendo y haciendo que he comprendido

cosas de las que no tengo ni remota idea. Me esperan el tonto del pueblo y Taciano, el de la aceña. A esos sí que los comprendo, y ellos a mí.

- Vete, anda, desgraciado – dijo el coronel – mira que preferir la compañía de esos animales a la nuestra.

- Pues yo creo que razón no le falta – pensó en voz alta el Profesor de Gimnasia – yo hay veces que no entiendo una palabra de lo que se dice a mi alrededor y tengo que hacer como si lo comprendiera.

La sopa estaba muy salada y las albóndigas de atún sabían a mermelada. Quizás se les había caído un tarro de ésta en la soper, pero por más que miraba a su alrededor, ninguno de los compañeros de mesa de Ernesto parecía advertir el horrendo sabor de la especialidad de la casa. Alguno de ellos parecía incluso disfrutar con las redondas delicias que adornaban la sopa.

Dejó los cubiertos sobre el plato. Al menos el dolor de cabeza había desaparecido y una dulce somnolencia le daba la sensación de que su mente flotaba por encima de las conversaciones que se cruzaban sus compañeros. Ahora se detenía junto al Director y la Profesora de Latín, que hablaban en una mezcla de latín vulgar y español del Siglo de Oro.

- *Causa malis tota est in iniustitia.*

- No le diría yo que no, mas la alternativa es perturbadora.

Gabriel le tocó en el hombro. A su lado había un muchacho, casi un enano, al que había visto un par de veces charlando con su guía.

- Éste es tu sustituto – le dijo.

- ¿Perdón?

- El que te reemplazará cuando te vayas.

- ¿Cuándo me vaya?

- Sí, todos tenemos un sustituto.

- ¿No es un poco bajito?

- ¿Y qué? Aquí nos hemos acostumbrado a medir a los hombres por lo que tienen de nariz para arriba y no de nariz para abajo.

Miró al chico. No se parecía a él en absoluto, además había otra cosa que le rondaba la cabeza.

- Y yo ¿a quién sustituí?

- Preguntas, preguntas – les interrumpió el camarero, que había vuelto con las famosas sardinas, que se sujetaban sobre la cola por medio de una pequeña peana de masa pastelera que les habían colocado debajo. Su tocado era una rodaja de tomate.

- No me diga más. También las llaman “Sardinas a la Basca”

- En todo caso a la Vasca.

- Ah, sí. A la Vasca.

- Pues no. ¿Dónde se ha visto una chapela vasca de color rojo?

- No se, yo lo decía por...

- A la Navarra, hombre.

- Ya.

- ¿No necesita sal para la sopa?

- No, estaba en su punto.

- Me alegro porque las sardinas piden sal, y no por mucho pedirla...

- ... Niega usted lo anteriormente dicho.

- CSQD

- SPQR

- Foris Mortis – dijo la profesora

- Varón Dandy- contestaron casi todos.

La media hora siguiente la emplearon todos en tratar de comerse sus sardinas, cosa harto difícil porque parecía que el cocinero se había esmerado en confeccionar un plato que precisaba de un manual de instrucciones para ingerirlo sin mancharse y sin perder la compostura.

El suspense del postre consistió en que nadie sabía lo que había dentro de un rollito de pasta relleno, y nadie lo supo jamás.

- Sabía como a canela y a betún.

- A mi me parecía vainilla con chorizo.

- Yo no les digo lo que me parecía porque es una grosería, pero cada mañana, nada más tomarme el café, yo produzco un material que huele exactamente a lo que sabía mi rollito.

Consultado el camarero sobre el contenido de los misteriosos cilindros, estuvo encantado de informar a los comensales.

- De todos es sabido – comenzó – que los vulgatorianos siempre hemos amado la repostería. Nuestra tradición se remonta al siglo XVII, cuando una nave cargada de especias procedente de no se sabe donde, encalló en nuestras costas.

- No diga usted majaderías. Vivimos a quinientos kilómetros del mar – le espetó el Coronel.

- Se nota que no está usted bien informado. La llanura sobre la que se asienta Vulgatorio fue una playa.

- Hace al menos dos millones de años.

- Es decir, hacia el siglo XVII.

- Está usted chiflado.

- Déjeme seguir, se lo ruego.

- Adelante.

- En ese barco, el que encalló, venía una especia desconocida hasta entonces, una raíz que, al rallarla, producía un polvo muy fino que daba a los alimentos un sabor característico.

- ¿Y qué sabor era ese?

- Todos.

- ¿Cómo que todos?

- A cada cual le sabía según sus cualidades...

- ¿Cómo era eso?

- ¡Ah! no. Los tunos no – dijo de pronto el camarero lanzándose hacia la puerta, donde acababan de aparecer siete jóvenes ataviados con capas negras pero sin ningún instrumento musical.

- ¿Cómo van a ser tunos? ¿Y las guitarras? ¿Y la pandereta?

- A capella.

Pese a sus esfuerzos, el camarero no había logrado impedir la entrada de los muchachos, que ocuparon una de las mesas como unos clientes más. De ese modo burlaban la prohibición del cancerbero, que se acercó a ellos para tomarles la comanda.

- ¿Que desean?

- *Un porrón*- dijo uno

- *o un chinchón*- dijeron dos

- *y un poquiiiito*- se atrevieron a cantar tres

- *de atención*-entonaron todos a la vez.

El camarero le pidió algo a Nefertiti, y cuando regresó a la mesa de los tunos llevaba en cada mano un sifón.

- Ahí tenéis, cabrones – dijo regándolos generosamente – a *ber* si os gusta.

- A ver, a ver – le corrigió el Director.

- Y usted cálese, carajo.

5.

- *Timeo danaos et dona ferentes.*

-Que querrá decir, más o menos, que siga usted con su historia de la especia mágica esa – dijo el Coronel, una vez que el camarero se hubo deshecho de los tunos, ganándose de paso la admiración del militar por la brillante maniobra sorpresa que había ejecutado.

- Me da que no es eso lo que quería decir la señora, pero bueno.

- Fuego, movimiento y choque. Esa es la base de una maniobra exitosa – decía el militar.

- Más que fuego, agua, amigo mío.

- Se trata de una metáfora.

- Una alegoría. La metáfora continua.

- El caso es que ha echado a esos pesados.

- Decía usted que la especia sabía a cada cual según sus cualidades o características.

- ¿Un orujito?

- ¿No decía usted que Mateo andaba de controles?

- Sí, pero hoy lleva el “vinímetro”, no el “orujímetro”.

- Es decir, que hoy no daremos positivo aunque nos pongamos hasta las trancas de aguardiente.

- Así es. Pero mucho cuidado, mañana le toca usar el “cervecímetro”.

-Eso si que es un coñazo. Ni una simple caña.

- Así es la ley.

- Dura lex, sed lex.

El camarero trajo un montón de vasos enormes llenos hasta los bordes de licores de diferentes colores.

-A ver ¿quién lo había pedido de remolacha?

Nadie dijo nada, pues en realidad nadie había pedido nada, así que el camarero se bebió el vaso de un lingotazo.

- ¿El de atún? – dijo mostrando uno de color ala de mosca.

- Yo mismo – dijo el Director.

- Aquí tiene.

Siguió así una distribución más o menos ordenada. Al final sobraban cinco vasos que el camarero se metió entre pecho y espalda como si fueran de gaseosa.

-Entonces, nadie ha traído el coche.

- Yo no puedo – dijo el Profesor de Gimnasia.

- ¿Sigue estropeado?

- Pues sí.

- ¿Y qué le pasa exactamente?

- Que tiene una alfombrilla sucia.

Gabriel le explicó a Ernesto que en Vulgatorio todos los coches eran tan modernos que en el momento que tenían la mínima avería, dejaban de funcionar completamente. Avería o suciedad, le dijo. El dueño del lavadero, que era el tonto del pueblo, estaba forrado de dinero porque todo el mundo tenía que lavar su coche a diario si no quería que lo dejara tirado en mitad de la carretera.

- A mi, mi Volvo me confundió el otro día con un ladrón porque había cambiado de loción para después del afeitado, y me tuvo encerrado cuatro horas con la música a todo volumen y la calefacción puesta.

- No, si te comprendo. A mi se me olvidó ponerme el cinturón de seguridad la semana pasada y llevo seis días castigado a desplazarme a pie.

Muy pronto estaban todos bastante achispados y Ernesto, al que le había tocado el aguardiente de limón, empezó a amodorrarse más de lo que ya lo estaba por efecto del analgésico.

Oía la voz del camarero como muy lejana. Cerró los ojos y se limitó a escuchar.

- La especia empezó a utilizarse para todo. Al principio se pensó que ayudaría a conservar la carne y el pescado, pero aunque así era, el grado de eficacia del producto dependía muy mucho de la persona que la utilizaba.

Trajeron otra ronda de bebida. Debió de ser Nefertiti, porque el camarero seguía hablando. Esta vez le toco de naranja. No salía de los cítricos. Mejor. Siempre le habían dicho que era malo mezclar.

- Entonces hubo gente que hizo una auténtica fortuna. Aquellos que conseguían que la especia lograra un resultado óptimo.

- ¿Pero no había dicho que dependía del paladar del que la probaba?

- *Provava, provava* – dijo el Director, que estaba completamente borracho.

- Llamen a Mateo – dijo la Profesora de Latín (vulgar) que por fin se había soltado en español.

- Siga con lo de la especia – se oyó la voz serena del Coronel, que parecía ser el único al que el licor no le había afectado.

- La especia tenía un periodo de actividad o de vigencia.

- ¡Vaya un rollo! – oyó que decía Gabriel a su lado.

- *In dubio, pro reo.*

- *Amén.*

- ¿Sigo?

- Sí, hombre, sí.

- La simetría de las cruces es muy importante – decía el padre Damián , que entre el vino de misa y el aguardiente ya iba servido.

- ¿Y eso?

- Como decía Cristo ...

- Y en cierto modo, tenía razón...

- En la simetría...

- ... está la perfección.

- Veo con agrado que escuchan ustedes mis homilías.

- Su homilía, querrá usted decir.

- ¿Qué?

- Que siempre dice usted lo mismo.

- No me diga usted eso, hombre.

- Se lo digo, se lo digo...

- La especia empezó a escasear porque la gente hacía acopio.

- Claro, hasta que se aprobaron las leyes de nuevo cuño.

- Después de la guerra hay muchos valientes.

- *Fortuna audaces adiuvat.*

- A este paso, nunca saldremos de aquí – decía Gabriel.

Ernesto abrió los ojos. ¿Qué habría querido decir con aquello? ¿Qué había dicho la veterinaria? ¿Que ya arreglaría cuentas con Gabriel?

- ¿Qué has querido decir?

- ¿Con qué?

- Con eso de salir de aquí...

- No vamos a pasarnos la eternidad en este lugar.

- ¿Por qué no?
- Vulgatorio es una estación de tránsito.
- ¿Hacia dónde?

Gabriel se encogió de hombros. Varios de sus compañeros de mesa miraban hacia la barra. Isabelita había entrado en el restaurante y estaba hablando con Nefertiti. Algunos empezaron a canturrear por lo bajini.

*Niña de los ojos negros,
negros como el azabache,
niña del pelo castaño,
castaño como el guirlache.*

Y de vez en cuando le miraban a él y sonreían.

- De cantar, nada – dijo el camarero

Entonces, el Coronel le cuchicheo algo al oído y el hombre miró Ernesto, como calibrándolo.

- Está bien – dijo.

La muchacha parecía un poco nerviosa y de vez en cuando miraba hacia la puerta de la calle, como si estuviera esperando la llegada de alguien.

De pronto, los comensales de todo el restaurante se arrancaron con una nueva canción.

*La viva vena
que en mis venas vive,
veta del valle
y de la vida llave,
semilla lleva*

*de la lluvia suave
y el llanto leve
que al llorar alivia.*

No cabía ninguna duda de que el autor de semejante engendro no era otro que el Director, sobre todo porque los cantores se habían esmerado muchísimo en pronunciar correctamente las palabras.

El Cura señaló hacia la barra, donde a Isabelita se le había unido su madre, que trataba de arrastrar a la chica hacia la mesa en donde estaban ellos. Hubo un breve forcejeo que al final se decidió cuando la mujer le dio a la chica un bofetón que sonó como un tiro.

- Aquí estamos – dijo la dueña de la pensión encarándose con Ernesto.
- Buenas zarrdes – dijo éste en un estado de embriaguez más que evidente.
- Tardes, tardes...
- Eso, zarrdes...
- Y encima borracho. Claro que después de lo de anoche.
- ¿Anoche? – preguntó el pobre profesor de inglés, que de repente empezaba a alarmarse - ¿qué pasó anoche?
- Eso lo sabrán usted y la niña. Yo sólo sé que anoche les oí salir y esta mañana me la he encontrado llorando como una magdalena.
- ¿Para quién era el de cañamones? – dijo el camarero, que había traído otra bandeja con unos veinte vasos de aguardiente.
- Yo misma me lo tomaré – dijo la mujer – me va a hacer falta para tratar con este canalla.
- Señora – dijo Ernesto intentando, sin éxito, ponerse en pie...-Yo le juro...

- No jurar su santo nombre en vasco – dijo el cura desde su asiento mientras paladeaba su orujo a la pimienta verde.

- Ni en catalán – añadió el Profesor de Gimnasia.

- Ni en ninguna de las lenguas, co-oficiales o no – añadió el Director.

- ¿Y en latín? – preguntó el Coronel, más por cortesía hacia la vieja profesora, que se había quedado muda, que por otra cosa.

- *Latinus sermo lingua vernacula est*-dijo la mujer, mientras se limpiaba la mancha de aguardiente de cactus que tenía en la blusa.

- Que quiere decir que tampoco – dijo el cura – ya lo decía Jesucristo que...

- ... en cierto modo, tenía razón.

- *My tailor is rich*- se le ocurrió a Ernesto. Era una de las pocas frases del Basil Potter que recordaba.

- Deje de hablarme en portugués – dijo la mujer – ahora quiero saber qué se propone hacer.

- De momento, echar una siesta.

- Una siesta.

- Sí señora. Una siesta canónica.

- ¿Se refiere usted a ...? – dijo el Coronel, animado porque se había tratado uno de los temas que le apasionaban.

- A una siesta como mandan los cánones.

- Con pijama.

- Orinal bajo la cama.

- Y contraventanas cerradas.

- Un mínimo de tres horas.

- Y chocolate con churros nada más despertar.

El ex militar era un apasionado de las tradiciones patrias. La siesta, la tortilla de patatas, el jamón serrano, los toros... Si alguien quería verle disertar durante horas, no tenía más que sacar a colación uno de estos temas.

- Señor, yo le recibí en mi casa casi como a un hijo, y así me lo paga.
- No la *endiendo* señora...
- ¿Qué ha hecho usted con mi niña?
- Nada, se lo juro... prometo... aseguro...
- ¿No estuvieron hablando de la luna?
- Sí, eso creo...
- ¿Y de estrellas?
- También.
- Uy, uy, uy – dijeron todos a coro.
- El truquito de la astronomía, anda que no está visto ni *na*.
- *Stella amantorum socius*.
- *Miserere nobis*.
- ¿Y hablaron de los cuartos?
- Sí.
- ¿Y le contó la milonga esa de que la luna es mentirosa?
- ¿Cómo lo saben?
- Shh. Déjalo, ya te contaré luego – le dijo Gabriel dándole un codazo.
- Pues entonces, señor, usted le ha hecho el amor a mi hija.
- Pero si estuvimos fuera menos de diez minutos.
- Un cuarto de hora de reloj. Tiempo más que suficiente para acabar con su pureza.
- Señora, yo le aseguro... – dijo Ernesto, al que los efectos del alcohol se le estaban pasando a toda velocidad.

- Mi niña ya jamás podrá mirar al cielo sin acordarse de las terribles cosas que usted le dijo. Mira que llamar mentirosa a la pobre luna. A nuestra madre la luna...

- ¡Herejía! – gritó el cura desde su rincón.

- Pero – dijo Ernesto – ¿qué tontería es esa de que la luna es su madre? ¿No son ustedes cristianos?

- Reformantes – dijo el cura.

- ¿Reformados?

- No, reformantes.

- *Participium praesens.*

- ¿Y eso?

- Nos estamos reformando constantemente.

- Sí, por ejemplo, ayer nuestro sínodo aprobó la concesión de la tarjeta de familia numerosa a la familia de San José.

- Pues yo creía que Jesús había sido hijo único.

- Ya, pero como José se casó tres veces...

- ¿Tres?

- Sí, la última con María Magdalena...

- Y ese sínodo ¿Quiénes lo forman?

- Los tienes delante – le susurró Gabriel.

- ¿Alguien ha pedido la sal? – dijo el camarero y, sin esperar a que nadie contestara, la dejó delante de Ernesto, al que miró desafiante.

- Perdón, yo...

- ¿Y bien? La va a usar o no, porque a un servidor no le gusta un pelo que le hagan trabajar en balde y luego nieguen lo anteriormente dicho.

La actitud del mesero era tan agresiva que el pobre profesor no tuvo más remedio que echarse una generosa ración en su aguardiente de mollejas.

Se fijó entonces en que algunos de sus compañeros de mesa habían desaparecido. No veía a los músicos ni al Profesor de Gimnasia. Seguramente habrían ido a deshacerse de parte del alcohol que habían ingerido, por una vía o por otra.

- La *esbecia* se acababa hasta que *desgubrimos* un nuevo continente...

- *Bocalise* mejor, no se le *endiende* nada.

- Más que un continente era una isla, la de la Especia. Y de allí la seguimos trayendo...

- Mi coronel – se cuadró de nuevo Bermúdez ante el Coronel, que trataba de explicarles a Isabelita y su madre cómo lavar su honor...

- Espere, Bermúdez. Deben ustedes obligarle a que les de una satisfacción.

- Nosotras, pero si somos mujeres.

- La ley está de su parte. Ha de casarse con la niña.

- ¿Yo? – preguntó Ernesto desde el otro extremo de la mesa – Pero si no he hecho nada en absoluto.

- Ese es su problema, joven, que no hace usted nada.

- Si no iba a hacer nada, ¿para qué se enredó en el rollo selenita?

- No sabía...

- No sabía, no sabía. ¿Y bien, Bermúdez? – dijo, volviéndose a su subordinado

En ese momento regresaron de la calle los tres ausentes. El Profesor de Gimnasia traía una cara malísima, pero el matrimonio venía tan campante.

- ¿Y bien? ¿No tenía algo que decirme?

- Sí, pero ahora tengo que decirle lo contrario.

- ¿No tendrá que ver con el Profesor de Gimnasia?

- Pues sí.
- Lo tengo delante de las narices.
- Ya lo sé, mi Coronel, pero eso es ahora. Antes no estaba ahí y como le he visto salir he pensado que era mejor decirle que aunque había abandonado el restaurante, no iba en dirección al colegio.
- ¿Ah, no?
- En realidad no iba en ninguna dirección.
- ¿Y cómo es eso? – dijo el Coronel, que sonreía con condescendencia.
- Iba siguiendo una trayectoria curva, lo cual me hizo pensar que quizás iba a emplear esa maniobra envolvente de la Batalla de Arapiles, de la que usted habla tan a menudo.
- Fijación por el frente y envolvimiento por el flanco. ¿Por cuál de ellos?
- ¿Mande?
- ¿Que por qué flanco?
- Por el del basurero, señoría. Allí se ha parado a descomer.
- ¿Ha defecado en el basurero?
- Por las vías superiores.
- Comprendo, estaría mareado. Lo que no entiendo es por qué venía usted a contarme todo esto.
- En realidad sólo quería decirle que se había ido del restaurante y que cabía la posibilidad de que al no estar ya aquí pudiera ir allí, así que quería saber si usted iba a estar aquí o allí, para saber si le informaba aquí o allí en el caso de que él fuera allí.
- ¿Y se ha dado todo ese paseo para decirme esa tontería?
- No se preocupe, tengo buenas piernas.
- Buenas piernas. ¡Cuánto me alegro!

- No me halague, mi coronel, no me halague...
- No se puede usted imaginar lo poco que me importan a mí sus santas piernas.
- El tercero, santificar las piernas – dijo el cura, que se acababa de despertar de la última cabezada.
- Y el quinto, no matar, pero me parece Bermúdez que hoy voy a pecar.
- ¿Le preparo la caña, mi coronel?
- A matar, quiero decir.
- Entonces, la escopeta. ¿Cuál quiere?
- La de matar idiotas.
- ¿Munición normal o forrada?
- Lo que le salga a usted del forro.
- A sus órdenes. ¿Le preparo una canana con munición?
- Sólo voy a necesitar un cartucho.

Bermúdez salió rápidamente para preparar lo que creía que le habían encargado. Isabelita y su madre se despidieron y se encaminaron a casa para preparar su estrategia futura.

Los músicos se habían subido a la mesa e interpretaban un vals de Chopin sin instrumentos, y los tunos, que se habían vuelto a colar después de secarse la ropa, bailaban una sardana alrededor de la mesa.

Del resto, el que no dormitaba con la cabeza apoyada en la mesa, lo hacía inclinado hacia atrás en la silla, con la boca abierta. Uno de estos últimos era Ernesto, al que Gabriel despertó y sacó del restaurante aprovechando que nadie se fijaba en ellos.

6.

Al final, compartieron la cama de Gabriel para su siesta, que no fue ni mucho menos canónica, pero tampoco era plan enfrentarse a aquellas dos furias que querían uncir al pobre Ernesto a la carreta del matrimonio.

Cuando despertaron ya anochecía. Pese al dolor de cabeza y la sed abrasadora que sentía, Ernesto decidió que había llegado el momento de hablar seriamente con su guía. Éste debía de olerse algo porque hizo lo imposible porque salieran a tomar alguna cosa. Cualquier excusa con tal de no quedarse a solas.

- Quiero hacerte algunas preguntas.

- Ya me imagino.

- ¿Qué es exactamente Vulgatorio?

- No lo sabe nadie.

- ¿De dónde viene toda esta gente?

- Estamos en el mismo caso.

- ¿Te molesta que te pregunte?

- No. Es la única forma que tienes de estar informado.

- Pues lo que es hasta ahora.

- Yo no puedo hacer nada.

- Vamos a ver. Tú me dijiste cuando nos conocimos que eras mi guía, ¿quién te encargó que lo fueras?

- Me tocaba por turno. Cuando tu lleves algún tiempo aquí, también te tocará hacer este trabajo.

A lo lejos se oyó una canción. La rondalla debía de haber vuelto a salir.

- ¿Otra vez?

- Sí, pero ahora no va por ti.

- No están rondando a Isabelita...

- Sí a ella sí, pero está con el nuevo...

- ¿El nuevo?

- Sí, todos los nuevos han de pasar por la prueba de Isabelita.

- ¿Una prueba? ¿Y como lo he hecho?

- Como cabía esperar.

- Menos mal.

- No, eso no es bueno. Te has comportado como una persona vulgar y corriente, y eso es pecado en Vulgatorio.

- ¿Pecado?

- Quizás pecado sea una palabra un poco exagerada.

Bajaron a la calle. Vieron pasar a la rondalla, que se retiraba en aquel momento, pero entre los componentes del grupo musical no estaba ninguno de los de la noche anterior.

- Son otros.

- Claro. Cada noche son distintos. Uno de estos días te tocará a ti, por cierto que ya deberías ir componiendo algo... en inglés... que es lo tuyo.

- ¡Qué va a ser lo mío!

- Eres el profesor de esa asignatura.

- Ya, esa es otra pregunta que te quería hacer. ¿Por qué? Yo soy cocinero de profesión.

- Eras.

- No creo que se me haya olvidado. Para hacerlo mejor que esas dos...

- ¿Quiénes? ¿Isabelita y su madre?

- Sí.

- Es que la madre era prostituta y la niña era recepcionista en un hotel.
- ¿Cuándo?
- Antes de venir aquí.
- Pero ¿cómo vinieron? ¿cómo venimos todos?
- Nadie lo sabe. Un día aparecemos y otro desaparecemos...
- Oye, todo esto no será un sueño ¿verdad?
- Pues la verdad, no tengo ni idea. Pero yo creo que está todo muy organizado y

sigue un argumento muy lógico como para ser un sueño.

- Hombre, organizado, organizado...

Habían llegado frente a la puerta del ayuntamiento, de donde salía en aquel momento un hombre elegantemente vestido que llevaba en la mano el bastón municipal.

- ¿El Alcalde?
- El mismo que viste y calza.
- No me digas que eligen uno nuevo cada día. Éste no es el tipo al que conocimos

ayer.

- El otro se ha ido.
- ¿Adónde?
- Supongo que al mismo sitio del que vino.
- ¿Sin avisar a nadie?
- Nadie lo ha visto irse.
- Entonces ha desaparecido.
- Llámalo como quieras.
- ¿Y no lo va a buscar nadie?
- ¿Para qué? Cada semana aparece y desaparece gente. Nadie sabe de dónde viene

ni a dónde va, y es evidente que a todos nos tocará alguna vez. O a casi todos...

- ¿Por qué el casi?

- Sospechamos que hay algunos que llevan aquí mucho tiempo, pero eso, claro está, sólo lo saben ellos...

- ¿Y no lo dicen?

- Son un poquito especiales... Está Bermúdez, el tonto, Taciano...

- Ya entiendo.

Pasaron entonces junto a un grupo de niños que jugaban al fútbol.

- ¿Y los niños?

- ¿Qué pasa con ellos?

- ¿Son hijos de la gente de aquí o también aparecen y desaparecen?

- Los niños, como tú dices, son un poco especiales. ¿Te has fijado bien en ellos?

A la luz de una farola que hacía de poste de una de las porterías de fútbol, se fijó en los rasgos del muchacho que hacía de guardameta. Desde lejos aparentaba unos doce años, pero un examen más atento le permitió descubrir que tenía barba y bigote y que su cara no era en absoluto la de un crío. Recordó entonces que en su visita al colegio le había sorprendido la alopecia galopante que había observado en algunos alumnos.

- Son adultos.

- Eso nos parece a nosotros. Y no, no son hijos de nadie. Nos los repartimos para cuidarlos, lo poco que hace falta cuidarlos.

Se encontraban en la parte trasera del colegio. Pasaron junto a lo que parecía una estatua ecuestre, sólo que en aquella, el jinete iba a pie, precediendo a un caballo sin silla y sin riendas.

- ¡Qué curiosa!

- Son Bucéfalo y el Coronel.

- ¿Ah, sí?

- Sí. Es la nueva. En la antigua, el Coronel iba montado sobre el animal, pero después del accidente...

- ¿Un accidente?

- Sí, un día que estaba montando cerca del río, dejó suelto al animal para que pastara y cuando se quiso dar cuenta, se le había caído en la Zanja del Diablo. Una grieta de unos diez metros de profundidad.

Gabriel le contó que el Coronel había conseguido que rescataran a su animal, que tenía lesiones en todo el esqueleto. El veterinario aconsejó que se lo sacrificara, pero el Coronel insistió en que se hiciera lo posible por salvarle la vida.

- Luego mandó que hicieran esta estatua para sustituir a la antigua.

- ¿Y el caballo?

- Lo instaló con todas las comodidades en la cuadra y allí sigue, creo...Si no lo ha matado Bermúdez.

Se habían ido acercando a la entrada de la pequeña cuadra donde el Coronel tenía a su caballo. La puerta estaba entreabierta y en su interior se encontraron al Coronel ante una especie de grúa de la que colgaba un caballo completamente escayolado. Los cascos del animal estaban a unos centímetros del suelo, y el militar estaba absorto limpiándole uno de estos mientras la hablaba en voz baja. Cuando les oyó se dio la vuelta rápidamente.

- ¿Molestamos?

- ¿Qué quieren?

- Le venía hablando a Ernesto de su caballo. ¿Cómo está?

- ¿Y cómo quiere que esté después de lo de ese cabestro?

- Se refiere a Bermúdez. ¿Cuántos días lo tuvo sin alimentarlo?

- Tres.

La enorme escayola estaba conectada a dos sondas, con una lo alimentaban y la otra drenaba los residuos. Bermúdez había recibido el encargo de controlar la alimentación y la evacuación del caballo.

- Un día que regresaba de viaje, me encontré al pobre Bucéfalo medio muerto. Cuando busqué la causa, descubrí que ese bestia había conectado la sonda de alimentación con la de drenaje, así se evitaba al caballo. Casi acaba con él. Incluso intentó explicarme que era más práctico ese sistema. Al fin y al cabo, lo que entraba tenía que salir, ¿para qué hacía falta el pobre animal?

- Mi coronel – gritaron desde fuera.

- Es ese cafre. Desde ese día le tengo prohibida la entrada en la cuadra. Ahora voy.

Gabriel y Ernesto se acercaron al pobre bicho. En el silencio de la cuadra no se oía el más mínimo ruido.

- ¿No debería respirar?

- Pues sí.

- ¿No estará muerto?

- Casi – contestó el Coronel desde la puerta – ahora vendrá su médico.

Unos minutos después compareció el veterinario, que enseguida diagnosticó que al cuadrúpedo le quedaba un hilo de vida.

Murió un par de horas después, o así lo declaró el veterinario. El Coronel quiso rendir honores a su fiel compañero, un amigo, el más entrañable, como decía él, y pidió que lo “desescayolaran”.

Mientras se procedía a tan delicada operación, el militar fue desgranando la multitud de aventuras que habían vivido juntos.

- Llegaron juntos a Vulgatorio – comentó Gabriel.

- Era mi mejor amigo. Lo entendía todo e incluso, yo creo que a veces me hablaba.

Habían ido llegando conocidos, que se acercaban a dar el pésame al pobre hombre, que no lo habría sentido más si le hubieran diagnosticado una enfermedad incurable a él mismo.

Cuando llegó don Damián, el Coronel se lo llevó aparte. Discutieron durante unos minutos, pero al final el militar se llevó el gato al agua. Al animal lo enterrarían en un lateral del cementerio y el cura rezaría un responso.

El veterinario había terminado de desembalar lo que quedaba del pobre animal, más Rocinante que Bucéfalo, pues era puro pellejo y huesos.

Isabelita también compareció, agarrada del brazo de un muchacho demasiado joven para ella, que parecía haber aceptado la situación con ánimo resignado. La niña miró a Ernesto por encima del hombro, como si se tratara de un pretendiente al que ella había rechazado.

- Amigos, por favor – llamó su atención el Coronel.

- Cállense por ahí detrás, por favor – dijo el Alcalde.

- Gracias por venir, pero ahora me gustaría quedarme a solas con mi amigo – dijo y señaló al caballo – el entierro será mañana a las doce, junto a la tapia oeste del cementerio.

Se fueron retirando después de darle la mano al hombre.

7.

Al día siguiente, con una puntualidad castrense, como no podía ser de otro modo, comenzó la ceremonia. Se había congregado mucha gente, la mayoría de ellos por mera curiosidad, pero no faltaba alguna que otra persona que se mostraba bastante compungida.

- Vamos a proceder – dijo el padre Damián.

- Cuando quiera.

- Como saben, hoy enterramos a un animal, una bestia irracional, un ser de inteligencia inferior, pero como decía San Francisco, no por eso menos hermano nuestro.

Algunos de los asistentes murmuraban, por lo que el Coronel se volvió irritado y solicitó silencio.

- ¿Qué cuchichean? – prosiguió el sacerdote - ¿Acaso no les parece bien que yo oficie esta ceremonia?

- No es eso, padre, es que nos preguntábamos si San Francisco tendría razón.

- En cierto modo – dijo el oficiante.

Soltó a continuación algunos latinajos mientras rociaba con el hisopo la tremenda caja donde habían metido al equino.

Cuando el sacerdote terminó con el rito religioso, se adelantó el Coronel, se aclaró la voz y dijo las siguientes palabras:

- Recuerdo cuando llegué aquí, desorientado y confuso, como todos los que aquí llegáis, pero a mi lado estaba mi sostén – dijo

Todo el mundo guardaba un respetuoso silencio.

- El Sol en alto iba ya más de dos horas y yo estaba con el rostro vuelto al río. No temas, dijo – Bucéfalo me hablaba, os lo aseguro- mi señor; reasegúrate, que en buen

punto estamos; no encojas, mas expande el vigor todo. Tú has ahora junto a Vulgatorio llegado: mira allá la ladera que lo cierra en torno; mira la entrada allá donde hay una fisura. Y así entramos y comenzamos a vivir con vosotros. Permitidme ahora que dedique a mi amigo una oración que recuerdo de mis años de soldado y que he mandado grabar en su lápida.

La mayoría de mis predecesores
en este sitio
nos ha dicho que es honesto
pronunciar algunas palabras,
exigidas por la ley
durante el entierro de aquellos
que han muerto en batalla.

Por lo que se refiere a mi mismo,
me inclino a pensar
que el valor que se ha mostrado
en hechos concretos
ya ha sido saldado suficientemente
mediante los honores,
también mostrados en hechos concretos.

Vosotros mismos podéis apreciar
lo que ellos significan
ya que están participando
de este funeral
solventado por el pueblo.

- Eso es todo- terminó.

Ernesto se había fijado en que las tumbas de aquel cementerio parecían muy viejas. Era como si nadie hubiera sido enterrado allí en mucho tiempo. Cuando le preguntó a Gabriel, este le dijo que efectivamente, la gente iba y venía de Vulgatorio, pero que nadie moría.

- Nadie ha muerto en el tiempo que llevo aquí.

- Un momento de atención, por favor – dijo el Alcalde.

- Shh – chistaba Bermúdez, que por fin había encontrado algo que hacer.

- El Ayuntamiento de Vulgatorio en sesión plenaria ha decidido concederle a Bucéfalo la Cruz Verde a la Fidelidad.

El edil se adelantó y colocó sobre el enorme cajón una medalla de color caramelo con una cinta verde manzana.

La Profesora de Latín pidió que le permitieran colocar una breve oración sobre la lápida. En una chapita de plata, el joyero de Vulgatorio había grabado aprisa y corriendo cuatro letras: STTL.

- ¿Y eso?

- *Sit tibi terra levis*, es latín creo.

- En paz descanse, o algo así.

A continuación, el matrimonio de músicos interpretó su primera sonata silenciosa para violín y cello que habían compuesto aquella misma noche y a la que habían titulado “Sonata para un caballo llamado Bucéfalo”.

Cuando terminó la actuación de los dos músicos, la gente fue acercándose a la tumba y echando un puñado de tierra. El último en hacerlo fue Bermúdez, pero el Coronel se interpuso en su camino.

- ¿A dónde vas tú?

- A echar tierra, mi coronel.

- Tú no le quisiste nunca. No dejaré que te acerques.

- Allá usted, pero si no le echo tierra y me voy, tendrá que acabar usted de enterrarlo, porque como verá nos hemos quedado solos con el señor nuevo éste.

- Ernesto, me llamo Ernesto.

- ¡Ah! Sí, eso es importante. Es importante llamarse Ernesto. Yo creo, mi coronel que ni usted ni el tienen una gran experiencia con la pala... Así que...

- Está bien – dijo furioso el militar, y abandonó el lugar sin esperar más.

El hombre empezó a trabajar con ahínco. Era agradable verle lanzar las paladas de tierra con la energía que lo hacía. Cuando acabó se volvió hacia Ernesto.

- ¿Qué le parece?

- Está muy bien.

- Y eso que yo creí que había perdido la práctica.

- Claro, como nadie muere aquí.

- Ya se lo han dicho, ¿no?

- Sí, entonces ¿para qué el cementerio?

- ¿Para qué tantas cosas?

- ¿Como por ejemplo?

- El infierno.

- ¿El infierno?

- Sí, el mismo infierno, siempre nos han hablado de su existencia pero...
- No me diga que no existe.
- Sí que existe, pero está vacío.
- Entonces Vulgatorio.
- Aquí conseguimos que nadie visité a nuestro amigo – dijo llevándose dos dedos a la cabeza para simular unos cuernos.
- ¿Entonces, Gabriel...?
- Trabajaba con el Jefe. Un buen trabajo, pero lo mandó aquí porque no paraba de darle la tabarra con su obsesión de que había que limpiar el mundo de indeseables.
- Entonces es un...
- Era. Recuerde que aquí todos “eran”. Al Jefe le aburre la rutina, lo vulgar, lo que se hace sin pasión, por eso llamó al lugar Vulgatorio, el lugar a donde vienen los que le hacen bostezar. Como Él mismo dice: “Prefiero un malvado simpático que un santo aburrido”.
- Oiga, usted no es tan tonto como parece.
- ¿Usted cree?
- Sí, en realidad me parece que usted no tiene ni un pelo de tonto.
- Y usted – dijo el hombre sonriendo y dirigiéndose a la salida – ya puede regresar al lugar de donde vino. Creo que ha entendido lo que tenía que entender, y si no, ya volverá.
- ¿Pero hay gente que regresa? – dijo gritando, pues el otro estaba ya muy lejos.
- El Coronel ya lo ha hecho tres veces ... – le llegó su respuesta en la distancia, poco antes de quedarse dormido.

FRANCISCO JAVIER GIMÉNEZ MORENO

ZARAGOZA. Domingo, 30 de noviembre de 2008 (20:33)